

Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática

Carlos FORCADELL
(Universidad de Zaragoza)
cforcade@unizar.es

RESUMEN

El presente texto repasa la obra y la evolución historiográfica de Manuel Tuñón de Lara en el contexto del último tercio del siglo XX. La publicación de *El movimiento obrero en la Historia de España*, según el autor, constituye un momento fundacional de la historia de la clase trabajadora española. La segunda parte del artículo aborda el papel de Tuñón de Lara en la transición de la historiografía contemporánea española.

Palabras clave: Manuel Tuñón de Lara. Movimiento obrero. Historia social. Historiografía. Transición a la democracia.

Tuñón de Lara, modern historians and democratic transition

ABSTRACT

This article reviews the work and historiographical evolution of Manuel Tuñón Lara in the context of the last third of the twentieth century. The publication of *El movimiento obrero en la Historia de España* is a momentous occasion for the labour movement's history. The second part analyses the role of Tuñón de Lara in the transition to modern historiography in Spain.

Key words: Manuel Tuñón de Lara. Labour movement. Social history. Historiography. Transition to democracy.

El recuerdo de la persona de Manuel Tuñón de Lara, diez años después de su fallecimiento, conlleva la oportunidad y la conveniencia de repensar la influencia de su obra y la evolución historiográfica de los temas que más contribuyó a cultivar, estimular y proponer a la comunidad de historiadores en el último tercio del siglo XX. Pues el año 2007 se cumplían también 35 años de la edición de su voluminoso libro sobre *El movimiento obrero en la Historia de España*, por la editorial Taurus en 1972¹, es legítimo atribuir a esta fecha un carácter y condición fundacionales de la historia de la clase trabajadora española, de la “historia obrera”, conce-

¹ TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*, II vols., Madrid, Taurus, 1972.

bida en torno a su centralidad historiográfica no sólo para la “historia social”, sino para el análisis y comprensión del pasado de las sociedades contemporáneas, que se practicaba y proponía, por primera vez, desde y para la propia historiografía española. Consecuentemente, la última frase del libro se permitía recordar que la historia movimiento obrero “es ardua y está todavía por realizar”².

En las casi mil páginas (963) del libro de Manuel Tuñón no eran necesarias demasiadas justificaciones teóricas o metodológicas, contra lo que después ha constituido una ineludible obligación académica. En las primeras líneas, el autor se limitaba a cobijarse bajo la afirmación de una historia entendida como ciencia, para compensar la carga militante que tenía, tanto el tema como el libro, en la España de los años finales de la dictadura franquista, y en la convicción de que el movimiento obrero era “una pieza esencial en la historiografía española”. La ambición enciclopédica de reconstrucción completa y ordenada de hechos, datos, nombres, fechas, de esa tan olvidada como escasamente estudiada historia de la clase trabajadora, proporcionaba un friso de carácter marcadamente positivista, por mucho que la insistencia en la descripción de las bases materiales de la sociedad y su relación con las etapas del “movimiento obrero”, reflejara los parámetros propios de una concepción marxista tradicional.

Tampoco resultaba necesario tener presentes como modelos las investigaciones de historia social de la clase trabajadora desarrolladas por la historiografía europea desde la posguerra, ni siquiera referirse a una historiografía más próxima y conocida por el autor como era la francesa, desde la vieja historia militante de Eduard Dolléans hasta la de Jean Maitron, casi contemporáneo de Manuel Tuñón, o la más académica de Annie Kriegel, Claude Willard... etc. A pesar de estas ausencias se percibe una cierta pretensión de proporcionar un barniz académico e investigador al libro, lo que también podía tener algo que ver con los problemas editoriales ante la censura del régimen en estos momentos; pero el propósito y el significado de la obra eran otros, básicamente centrados en la recuperación del tema, tanto para la investigación como para la cultura y el espacio público, en la reanudación de la tradición de historia obrera y socialista representada por autores y militantes como Núñez de Arenas en los años treinta, Ramos Oliveira en los años cuarenta, o F. G. Brughera en los cincuenta.

La sociedad española tenía bastante adelantada la transición en el plano cultural antes de la desaparición del dictador, lo cual era particularmente visible en terrenos como el del cine, la novela, la pintura...etc.³, pero no tanto en territorios mucho más sometidos a determinaciones institucionales y académicas, o a firmes controles profesionales heredados, como puede ser el de la historiografía. No obstante, a finales de los sesenta y en los primeros años de los setenta se pueden localizar iniciales hitos importantes para la transición y renovación de la historia investigada, escrita y publicada en España. En 1973 dio comienzo la empresa, dirigida por Miguel Artola, de la Historia de España de la editorial Alfaguara, cuyos volúmenes representaban la recuperación de la tradición historiográfica liberal, arrasada tras la guerra civil, que quedó reducida a cenizas, según unos, o pudo mantener algunas brasas activas

² TUÑÓN DE LARA, Manuel: vol. I., 935.

³ MAINER, José Carlos & JULIÁ, Santos: *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986: la cultura de la transición*, Madrid, Alianza, 2000.

para el porvenir, según otros; la reproducción del cuadro de Gisbert sobre el fusilamiento de Torrijos en la cubierta del libro escrito por el propio Artola sobre *La burguesía revolucionaria* constituía, por sí misma, un manifiesto de oposición contra un régimen apoyado sobre fundamentos teóricos y políticos explícitamente antiliberales⁴. Poco antes, en 1971, Josep Fontana revisaba, por su parte, radicalmente y con otros métodos, la crisis del antiguo régimen en España en su libro *La quiebra de la monarquía absoluta, 1808-1820*⁵.

El volumen de Manuel Tuñón del año siguiente significaba la recuperación de esa tradición de historia obrera y socialista mantenida por algunos autores desde el exilio. Aquí la diferencia con las historiografías europeas próximas era todavía mucho más profunda, pues la historia de las organizaciones obreras y sindicales venía siendo cultivada sistemáticamente desde la posguerra, también como raíz legitimadora de la presencia pública en los países europeos de discursos y políticas laboristas, socialdemócratas, comunistas (Italia y Francia...). Después de casi cuarenta años de estado y cultura franquistas, la ambición de síntesis de la historia obrera de Manuel Tuñón venía a cumplir la función, salvadas muchas distancias, que tuvieran las venerables obras de los Hammond y los Webb, ciertamente fundadoras de la historiografía obrera británica, o las ya referidas de Dolléans o Maitron para la historia obrera en Francia⁶.

No pretende este texto hacer balance de la historiografía sobre la clase trabajadora que se ha practicado en España desde estos momentos fundacionales de los años setenta, ni siquiera de la desplegada en los últimos diez años que nos separan de la desaparición de Manuel Tuñón de Lara o de su situación o problemática actual. Algunas aportaciones de este volumen se ocupan de esta tarea, y tampoco faltan estados de la cuestión y balances más o menos periódicos que pretenden tomar el pulso a esta tradición de historia obrera y de estudios de historia social sobre la clase trabajadora, sus organizaciones y sus prácticas sindicales y políticas⁷.

⁴ ARTOLA, Miguel: *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, vol. 5., *Historia de España de Alfaguara*, Madrid, Alianza, 1975.

⁵ FONTANA, Josep: *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820: la crisis del Antiguo régimen en España*, Barcelona, Ariel, 1971.

⁶ WEBB, Sydney & WEBB, Beatrice: *Historia del sindicalismo, 1866-1920*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990 [traducción al castellano, *The History of Trade Unionism*, 1894]; WEBB, Sydney & WEBB, Beatrice: *La democracia industrial*, Madrid, Biblioteca Nueva, prólogo de Juan José Castillo [traducción al castellano, *Industrial Democracy*, 1920]; HAMMOND J. L. & HAMMOND, Barbara B.: *El trabajador del campo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987; HAMMOND J. L. & HAMMOND, Barbara B.: *El trabajador especializado*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987; HAMMOND J. L. & HAMMOND, Barbara B.: *El trabajador de la ciudad*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987, todas estas fueron publicadas entre 1911 y 1919.

⁷ BARRIO ALONSO, Ángeles: "A propósito de la historia social, del movimiento obrero y de los sindicatos", en RUEDA, Germán (ed.): *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Santander, Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria, 1991; BARRIO ALONSO, Ángeles: "Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad", *Historia Social*, 37 (2000), pp. 143-160; GABRIEL, Pere: "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia Obrera, historia popular e historia contemporánea", *Historia social*, nº 22 (1995), pp. 43-53; LUIS MARTÍN, Francisco de: "«De estrella rutilante a secundario ilustre» o de la historiografía reciente sobre el socialismo en España", *Ayer*, 50 (2003), pp. 255-283; GÁLVEZ BIESCA, Sergio: "La «extraña» derrota del movimiento obrero", en GÁLVEZ BIESCA, Sergio (coord.): *La clase trabajadora después del Estatuto de los trabajadores y sus reformas. Dossier monográfico Papeles de la FIM*, 26/27 (2008), pp. 79-112.

Por lo general, estos balances incluyen lamentaciones y explicaciones acerca de la desaparición del sujeto histórico (la clase trabajadora) y de la desatención u olvido historiográfico consiguiente, a las que suelen acompañar propuestas de renovación historiográfica y justificaciones de la necesidad de su mantenimiento, tanto como sujeto histórico relevante para la acción colectiva y para la política, como en su dimensión de objeto historiográfico no menos significativo. Uno mismo, como practicante en su momento de estudios sobre las organizaciones y prácticas de los trabajadores, ha tenido oportunidad de reflexionar sobre el hecho de que el reconocimiento de lo plurales que son las raíces de la modernidad no ha impedido la extracción, poco a poco y como inadvertidamente de una de ellas, el destacado agente de cambio político y social que fue el movimiento obrero, sometido a una progresiva pérdida de centralidad, así histórica como historiográfica⁸.

Los numerosos discursos de diferentes memorias colectivas, institucionales, de grupo, ocultas, heredadas, artificiales, manipuladas..., y la frecuencia de instrumentales y utilitarias políticas de la memoria forman, como señala la historiadora francocanadiense Régine Robin, “una inmensa cacofonía” que conduce a nivelar múltiples e indiferenciados relatos del pasado y a olvidar la complejidad y significación de los hechos históricos; y quizá proceda de aquí el actual olvido de asuntos como la formación de las clases obreras, la organización de la conciencia y del discurso político de los trabajadores, y su papel histórico en la extensión y generalización de la ciudadanía política y social⁹.

Aunque las raíces de la ciudadanía y de los derechos civiles son amplias y plurales, la clase obrera organizada fue un agente histórico y social importante en la conquista de derechos políticos, y luego sociales, algo que corre el riesgo de olvidarse entre tanto ruido memorial e identitario. Las primeras organizaciones socialistas, en toda Europa, tuvieron un papel fundamental en la nacionalización de las clases trabajadoras y en la construcción de un lenguaje común y de una cultura compartida a partir de las disparidades territoriales y de las no menos profundas diferencias de condición y experiencia obrera.

Los derechos de los ciudadanos, naturalmente, no son un producto mecánico del progreso, sino el resultado de las luchas sociales y de los conflictos políticos, un resultado a veces no previsto, y siempre contingente, en el sentido de que se han producido y se pueden producir regresiones o retrocesos en el disfrute y ejercicio de los mismos. Los derechos no se conceden, sino que se ganan, y como afirma Giddens “los derechos de ciudadanía fueron conquistados, en una medida sustancial, a través de la lucha”. Los esquemas generales de tradición marxista, de sociólogos, politólogos e historiadores (Giddens, Bottomore, Hobsbawm...etc.) atribuían el papel prota-

⁸ FORCADELL, Carlos: “Sindicalismo y movimiento obrero: La recuperación historiográfica de las clases trabajadoras”, en ORTIZ, Manuel, RUIZ, David & SÁNCHEZ, Isidro (coords.): *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 2001, pp. 243-264.

⁹ Una enérgica advertencia contra los peligros que la obsesión memorial causa al análisis y al conocimiento histórico en ROBIN, Régine: *La mémoire saturée*, Paris, Stock, 2003, «Cet excès de mémoire qui nous envahit aujourd’hui pourrait bien n’être qu’une figure de l’oubli», p. 19. Algunas reflexiones en este sentido en mi introducción al dossier, FORCADELL, Carlos: “Introducción”, en FORCADELL, Carlos (ed.): *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*. Dossier monográfico Ayer, 54 (2004), pp. 11-24.

gonista en este proceso de democratización económica y política a la clase obrera, y más en concreto a los partidos y sindicatos vinculados a la II Internacional, cuyos proyectos reclamaron históricamente, con tanta decisión como apoyos sociales, la generalización del sufragio, la intervención del estado en la regulación de las relaciones laborales y la protección social al conjunto de los ciudadanos, objetivos impulsados generalmente por las políticas socialistas cuando y donde pudieron ser aplicadas, en la Europa de la posguerra o en la España postfranquista y democrática.

De la historia social clásica, a la que no le ha quedado mucho tiempo para aportar cosechas regulares a la historiografía española, procede la reivindicación de la ciudadanía como agente y sujeto histórico principal, en sustitución de la clase trabajadora, ante la evidencia de que son muchos, histórica y políticamente, los movimientos sociales que han conquistado derechos civiles y políticos, no solo desde y para los trabajadores, sino desde y para las mujeres, las minorías raciales o sexuales...etc. La ciudadanía es la candidata más cualificada para constituir un amplio sujeto histórico que permite agrupar a sectores más amplios que la clase obrera tradicional, en un mundo en el que escasea tanto el trabajo fijo como la identidad profesional o laboral. La clase obrera organizada fue un agente histórico y social importante en la conquista de derechos políticos, y luego sociales, pero las raíces de la ciudadanía y de los derechos son más amplias y plurales: la burguesía antifeudal, los propietarios británicos, el pueblo en su conjunto y, singularmente desde la segunda mitad del XX, unos nuevos y potentes movimientos sociales, feministas, negros, indigenistas, ecologistas, sobre los que ha cabalgado la mayor extensión o generalización de la ciudadanía. Las principales fronteras de exclusión de la ciudadanía han sido, y son, la clase, pero también la raza y el género, todo lo cual exige nuevas políticas y nuevas historias¹⁰.

El atractivo y prioridad que merecen identidades culturales, territoriales, étnicas...etc., puede explicar, pero no justificar, el olvido, o desatención de la historiografía actual, a asuntos como la formación de las clases obreras, de las identidades, culturas y memorias, también, de las clases trabajadoras, de la organización de la conciencia y del discurso político de los trabajadores y de las trabajadoras, y de su papel histórico en la extensión de la ciudadanía política y social. La pretendida igualdad de todos los relatos contribuye a conseguir, para sus proponentes, el objetivo de hacer olvidar las raíces y los agentes históricos que han promovido históricamente la conquista y la extensión de los derechos civiles, políticos y sociales, lo cual constituye, a la vez, un riesgo que otros historiadores consideran obligado advertir y evitar¹¹.

Una historia obrera y militante, o una historia institucional de las organizaciones obreras, ya hace mucho tiempo que fueron puestas en cuestión. Lo que se viene poniendo en duda después no es la importancia o centralidad atribuidas a la clase

¹⁰ El repertorio más reciente y completo sobre el desarrollo de esta perspectiva en la historiografía española en PÉREZ LEDESMA, Manuel (dir.): *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

¹¹ Vid. FORCADELL, Carlos: "La historia social, de la «clase», a la «identidad»", en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena & LANGA, Alicia (eds.): *Sobre la Historia actual. Entre la política y la cultura*, Madrid, Abada, 2005.

trabajadora, sino la propia historia social en su conjunto como especialidad, perspectiva y estrategia de investigación. Abundan testimonios del pesimismo que causa en algunos la desaparición de la clase como categoría fundamental de análisis histórico, social y político, las explicaciones y reacciones contra las tendencias visibles que sitúan a la clase como compañero mudo en el escenario de las ciencias sociales, si es que se le llega a conceder algún papel, cuando se transita del análisis de las relaciones sociales al de las representaciones, se pretende que el texto determine absolutamente al contexto, el discurso y la textualidad se convierten en fetiches explicativos y la moda de los “Cultural Studies” se extiende rozando y más que rozando el listón de la banalidad¹².

Son éstas, hasta aquí y a lo que se ve, reflexiones tan generales y rápidas como poco sistemáticas, porque en la ocasión de recordar los diez años de ausencia de Manuel Tuñón de Lara, y la influencia y herencia de su obra, parece más útil y conveniente evocar su persona y transmitir el testimonio de quienes tuvimos la oportunidad, y la suerte, de conocerlo, tratarlo con asiduidad y trabajar con él. Y a ello se va a dedicar la segunda parte de esta exposición, proponiendo algunas interpretaciones sobre su papel en la transición de la historiografía contemporánea en España, tanto en el plano de la investigación como en el de la institucionalización y el establecimiento de redes profesionales, especialmente entre las generaciones que comenzaban su actividad investigadora y su presencia académica en la década de los años setenta¹³.

1992 en Salamanca, Primer Congreso ordinario de la Asociación de Historia Contemporánea (AHC). En el breve trayecto que va de la Plaza Mayor a la Facultad de la Calle Cervantes me encontré llevando del brazo, sobre las mojadas losas salmantinas, a Manuel Tuñón de Lara, la mano abocinada sobre la oreja, y a José María Jover, no menos atento y sonriente, quienes hablaban y hablaban, ignorando perfectamente la presencia del guía que pretendía orientarles por calles, aulas y horarios, aproximaban sus cuerpos y adelantaban su cabeza sobre mis pasos, que se acompañaban difícilmente con los suyos.

En el territorio de la Historia Contemporánea la transición desde la Universidad franquista ya se había ido cumpliendo, lentamente y con las dificultades propias de haber sido un ámbito intelectual particularmente vigilado por el franquismo mediante una vieja guardia académica que ejerció con firmeza tanto el ademán como la resis-

¹² El número 60 (2008) de la revista “Historia Social” plantea y propone un balance en profundidad sobre estas cuestiones, en la ocasión de recordar los 20 años de existencia de la publicación. Véase, muy en particular, NIELD, Keith: “Epistemología y mal humor en la historia de lo social”, pp. 171-177, con las mismas propuestas interpretativas (de “materialistas impenitentes”) desarrolladas en el libro que el autor ha publicado recientemente junto con ELEY, Geoff & NIELD, Keith: *The Future of Class in History: What’s Left of the Social*, Ann Arbor, University Michigan Press, 2007.

¹³ A partir de aquí comienza la revisión de un texto que, con el mismo título, apareció publicado en FORCADELL, Carlos: “Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática”, en FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy & FORCADELL, Carlos (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. Desde Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2002, pp. 19-29.

tencia a un cambio empujado por muchos y diversos actores. Pero la presencia de Jover y de Tuñón en esa primera comparecencia de una comunidad de historiadores contemporáneos que comenzaba a normalizar sus relaciones seleccionando y reconociendo a los “seniores” que merecían serlo, así como sus animosos y entusiastas diálogos historiográficos –ya sólidamente establecidos en la década anterior, desde la colaboración de Jover en la Historia de España dirigida por Tuñón en Labor (1980)¹⁴, y con la participación de Tuñón en la Historia de España de Espasa Calpe pilotada por Jover (1984)¹⁵– convertían la escena en un buen símbolo de la transición y de la reconciliación en la historiografía contemporaneísta española; veinte años antes la distancia entre un intelectual del exilio, formado cultural y políticamente como joven comunista en la militancia republicana y antifascista, y un historiador que venía evolucionando desde un cristianismo aperturista, pero también desde el limitado horizonte que permitía el régimen franquista, era, simplemente, abismal¹⁶.

La misma significación tiene, tarde y en vísperas de su fallecimiento, la concesión en 1996 de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, que la recibió Manuel Tuñón a la vez que Pierre Vilar y Miguel Artola; de nuevo reunidos en el reconocimiento, ahora institucional, quienes mantuvieron e impulsaron la historiografía contemporaneísta española, desde dentro y desde fuera. Y no es casualidad que sea Miguel Artola quien presida desde 1988 la Asociación de Historia Contemporánea que reunió su primer Congreso en 1992 y en Salamanca.

Pues la AHC, que respondía a unos intereses y demandas generalizadas, pudo haberse constituido de muchas maneras, pero lo hizo concretamente en la estela de la práctica cultural de Manuel Tuñón, quien con sus once coloquios de Pau a cuestras (1970-1980) y sus otros diez congresos organizados ya en España como continuación de los anteriores y bajo el manto de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP) en diversas sedes: Complutense, Segovia, Cuenca (1983-1992), había hecho más por crear una tradición colectiva de encuentros de varias generaciones de historiadores, que todas las instituciones culturales y universitarias hasta bien mediados los ochenta, de tal modo que desde esta experiencia se imponía una elemental normalización de las relaciones entre la comunidad de contemporaneístas así como el propósito de establecer plataformas comunes e institucionalizadas, ahora necesariamente amplias y despersonalizadas.

En junio de 1981 la universidad francesa jubiló a Manuel Tuñón. Los Coloquios de Pau habían acabado el año anterior. No parecía fácil encontrar rendijas y resquicios para buscarle acomodo en la Universidad, y menos si había que contar con el poder académico de las escasas dos docenas de catedráticos de historia contempo-

¹⁴ JOVER, José María: “El fusilamiento de los sargentos de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós” en FERNÁNDEZ DE PINEDO, Emilio [et al.]: *Centralismo, ilustración y agonía del antiguo régimen (1715-1833)*, col. *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. VII, Barcelona, Labor, 1980.

¹⁵ GARCÍA DELGADO, José Luis, SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José & TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Los comienzos del siglo XX: la población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, col., *Historia de España*, dirigida por José María Jover, tomo 37, con prólogo de Manuel Tuñón de Lara, Madrid, Espasa-Calpe, 1984.

¹⁶ Un desarrollo más completo y fundamentado del caso de José María Jover en PEIRÓ, Ignacio: “La normalización historiográfica de la historia contemporánea de España: el tránsito de José María Jover Zamora”, en ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a (ed.): *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada, Universidad de Granada / Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 321-390.

ránea que controlaban el escalafón; por esas mismas fechas pude concurrir a unas oposiciones para una plaza de profesor Agregado (entonces) de la Universidad de Zaragoza y me encontré con los votos negativos de tres de los cinco miembros del tribunal: jesuita, dominico y teresiana, el ideal congelado de la universidad imperial del siglo de oro, lo cual ya era bastante sorprendente entonces, aunque algo menos que hoy. Así estaban las cosas.

De modo que un grupo de asiduos asistentes a Pau desde principios de los setenta, más amigos de Manolo que estrictamente discípulos, deudores en todo caso, tanto en lo académico como en lo político, de la acogida que nos permitió conocer una universidad libre en los últimos años del franquismo, tanto como de la posibilidad que nos ofreció para conocernos y relacionarnos entre nosotros mismos y enlazar, jóvenes peregrinos al Balcón de los Pirineos, con otros peregrinos, no tan jóvenes, del exilio y con la cultura republicana de los años treinta, Juan Sisinio Pérez Garzón, María Carmen García Nieto, dolorosamente desaparecida, Santiago Castillo, y yo mismo, nos dirigimos a la UIMP con la propuesta de organizar un congreso homenaje a Manuel Tuñón de Lara, lo cual, bajo la forma de curso masivo y desordenado, tuvo lugar en agosto de ese mismo año.

Según mi recuerdo, que no tiene porqué ser ni el único ni el más acertado, fue en las campas del Palacio de la Magdalena donde se habló por primera vez, entre valencianos, gallegos, vascos, andaluces, aragoneses..., de la necesidad de crear una asociación regular que reuniera establemente a los historiadores contemporaneístas, una asociación que tardaría aún tiempo en cuajarse, pero que, en todo caso, fue un proyecto elaborado desde las bases de jóvenes historiadores que estaban entrando en las estructuras universitarias, presentes todos ellos en el homenaje al recién jubilado Tuñón que presidió y clausuró Pierre Vilar. Un repaso a la larga nómina de participantes refleja la presencia de cinco catedráticos de historia contemporánea: Carreras, Jutglar, Aróstegui, Fusi y Artola. Algunos años después, la primera junta directiva de la AHC estará presidida por Artola, con Fusi como vicepresidente, una Asociación cocinada definitivamente en octubre de 1988 y en unas Jornadas de Historia Contemporánea organizadas en Valencia a tal fin por historiadores e historiadoras estrechamente vinculados con las empresas tuñonianas, presentes todos en el homenaje de Santander. Hechos los estatutos y la primera Junta Directiva, había que buscar, en beneficio del proyecto, presidente entre los “seniores” de la historia contemporánea, y delegamos en Juan José Carreras, para que, como interlocutor adecuado, le trasladara a Miguel Artola la propuesta de encabezarla, la cual aceptó, comenzando de inmediato a gestionar los primeros pasos de la AHC con tanta eficacia como autoridad¹⁷.

En los tres volúmenes que recogen aquellas intervenciones de agosto de 1981 escribíamos:

¹⁷ Jover, Artola, Tuñón, Carreras, son los cuatro maestros que mejor representan la transición historiográfica abierta en los años setenta. Juan José Carreras falleció repentinamente el 4 de diciembre de 2006; un año después, en diciembre de 2007, se reunió en la Universidad de Zaragoza un encuentro memorial sobre “Presencia y ausencia de Juan José Carreras”, cuyas actas se encuentran en prensa y contribuirán a establecer la herencia intelectual y su influencia en la historiografía contemporaneísta española. Sobre José María Jover, fallecido en noviembre de 2006 puede verse: HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: “José María Jover Zamora. *In memoriam*”, *Ayer*, 68 (2007), pp. 9-24.

«...nos pareció oportuno a un grupo de amigos, allá por la primavera del año pasado en Pau, con motivo del cambio de rumbo de los coloquios y a un año vista la jubilación académica de Tuñón de Lara, efectuar un homenaje que no fuera el clásico homenaje de clausura de una obra, sino, por el contrario, la ocasión de un nuevo encuentro entre todos aquellos historiadores que, con motivo del reconocimiento del trabajo intelectual de Manuel Tuñón, tuvieran así oportunidad de dialogar sobre nuestro pasado, intercambiarse sus últimas investigaciones y debatir los aspectos metodológicos de las mismas».

Y realmente no fue una liturgia de clausura pues, tras aquella especie de asamblea de historiadores en la Magdalena, Manolo, con un pie en el sur de Francia y el otro en no se sabía que parte de España, inició un periodo de 15 años, distinto cualitativamente, pero bien fecundo, un Tuñón que dos años después, en 1983, abrió su segunda decena de coloquios con el que organizó en la Universidad Complutense sobre “Estructuras y cambio en la España del primer tercio del siglo XX: 1898-1936”, y que al poco era nombrado catedrático extraordinario en la Universidad del País Vasco, regresando profesional y políticamente, casi setentón, a la España que tanto tiempo le había estado vedada.

El homenaje de Santander tuvo su importancia. Aquel verano la UIMP dedicó seminarios a Juan Ramón Jiménez, Erich Fromm y Tuñón de Lara. Fue posible gracias a la disposición de su Rector Raúl Morodo, que expresó con más claridad en el prólogo a la publicación el propósito nada oculto del congreso homenaje:

«...una segunda razón está en la necesidad –que todavía sigue presente– de integrar, aunque sea por ahora sólo en verano, a Tuñón de Lara en la Universidad española. Con este homenaje, amigos y discípulos hemos querido compensar modestamente lo que es una injusticia objetiva: que no sea catedrático de la Universidad española. Confío todavía en que esta injusticia pueda corregirse».

De hecho fue el primer reconocimiento colectivo a la persona y la obra de un historiador contemporáneo en la España democrática, y sólo Miguel Artola, con motivo de su jubilación, fue objeto, en vida, de otro reconocimiento profesional de similar envergadura en 1993¹⁸.

Entre 1981 y 1983 aumentó la presencia pública de Manuel Tuñón en la historia y en la cultura española, en revistas, publicaciones, invitaciones de universidades, programas televisivos, etc., pero resultaba más que incierta la posibilidad de instalarse más o menos establemente en la Universidad española, hasta el punto de que pasó el primer trimestre de 1982 como profesor invitado en varias universidades mejicanas. Las Universidades tradicionales, y más aún sus Facultades de Letras, eran plazas imposibles para intentar una reubicación profesional de Manolo. Tengo

¹⁸ CASTILLO, Santiago, FORCADELL, Carlos, GARCÍA-NIETO, María Carmen & PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (coords.): *Estudios de Historia de España: Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, III vols., Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981; BERNAL, Antonio M. [et. al.]: *Antiguo Régimen y Liberalismo: homenaje a Miguel Artola. Visiones generales*, tomo I, Madrid, Alianza, 1994; DONÉZAR, Javier M., & PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Antiguo régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola. Economía y Sociedad*, tomo 2, Madrid, Alianza, 1995; FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo & ORTEGA LÓPEZ, Margarita (eds.): *Antiguo Régimen y Liberalismo: homenaje a Miguel Artola. Política y cultura*, tomo 3, Madrid, Alianza, 1995.

vagos recuerdos de diversos contactos o conspiraciones entre profesores e historiadores vascos y aragoneses, todos “ex-coloquianos” de Pau, sobre unos asuntos, relacionados con las posibilidades de su reinserción en la Universidad española de los que el último en enterarse, en un principio, solía ser el propio Manolo, tampoco muy optimista al respecto y que, entretanto, ya había establecido su domicilio en San Sebastián, y daba algunas clases como profesor invitado en el Campus de Lejona.

La Universidad del País Vasco era nueva y sus dotaciones estaban creciendo a ritmo vivo, al igual que lo era su Facultad de Ciencias de Información, perfectamente libre de los pesados pesos del pasado, y en ella eran “ex-coloquianos” quienes estaban organizando el Departamento de Historia Contemporánea. Por entonces había fracasado un intento de incorporar a Manolo a la Universidad de las Islas Baleares, y fue esa la ocasión en la que, desde Zaragoza, nos propusimos conseguir un doctorado honoris causa para Tuñón de Lara que, junto con otros argumentos, sirviera de refuerzo académico para quienes lo iban a postular para una cátedra en Lejona.

Aquí aparece Juan José Carreras, quien había conseguido colarse con habilidad, y excepcionalmente, en el recio y rancio escalafón de Catedráticos de Historia Contemporánea en fecha tan temprana como 1969, desde el que iba a contribuir decisivamente en los años ochenta a remover y revolver las fichas y el tablero de plazas y de oposiciones. Unos quince años más joven que Manolo compartía con el bastantes cosas, entre otras la de haber militado, a finales de los años cuarenta, en la misma FUE, ahora clandestina, conllevando aventuras y riesgos con los más conocidos Lamana y Sánchez Albornoz, así como la experiencia de un exilio intelectual desde mediados del los cincuenta. Por las mismas fechas, y también tras una larga estancia en Heidelberg, abría brecha Emilio Lledó en el sanedrín universitario de los filósofos, auténtico bunker tomista, después de obtener, como Carreras, la correspondiente cátedra de instituto. Y Carreras fue quien apadrinó a Tuñón de Lara en su nombramiento como Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Zaragoza, después de proponerlo en nombre del Departamento de Historia Contemporánea a una Junta de Facultad en la que no faltaron expresiones de asombro o de alarma. Lo que se aprovechó en el mes de mayo de 1983, en definitiva, fue la buena coyuntura que supuso la conmemoración del cuatrocientos aniversario de la fundación de la Universidad de Zaragoza, en la que el Rey Juan Carlos presidió la ceremonia de la concesión de 11 doctorados *honoris causa*. Cuando Carreras le colocaba el birrete yo pensaba en el hilo rojo que tejía a los vencidos de la guerra y los de la postguerra con la oposición antifranquista en el exterior y en el interior, la transición democrática y el cambio político y cultural de la sociedad española.

En el verano del mismo año 1983 fue nombrado Catedrático Extraordinario de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco, pasando a ser Catedrático numerario, y a dirigir el Departamento, al año siguiente. Esta situación le permitió y le facilitó volver a dar clases regularmente, orientar investigaciones y tesis, fundar y dirigir revistas –Historia Contemporánea–, organizar encuentros y congresos, y reanudar, con el apoyo de José Luis García Delgado, la nueva serie decenal de coloquios sobre temas de historia contemporánea. Tuñón no ha sido Académico de la Historia, ni Premio Nacional de Historia, ni Premio Príncipe de Asturias, pero esos “honores” tienen más de simbólicos que de efectivos, y la principal batalla librada fue la de reincorporarlo regularmente a la Universidad española.

Recuerdo, como todos, la cordialidad del trato con Tuñón, procedente de una confianza que no evitaba riñas y reproches mutuos, discusiones y desacuerdos historiográficos y políticos. Manolo no era un señor respetable ante el que hubiera que mantener formas convencionales ni deferencia, sino una especie, para quienes éramos treinta años más jóvenes y lo frecuentábamos desde principios de los setenta, de colega mayor, de colega padre, con el que se hablaba de todo sin que sea pertinente explicar las partes de ese todo, al que, por lo menos algunos, entre los que me cuento, con el tiempo, tomábamos el pelo levantándole las contradicciones entre sus convicciones culturales y políticas y las necesarias adaptaciones que propiciaba el ambiente de “la década socialista”. Te podía llamar “dogmático de nuevo cuño” a gritos, como algunos recordarán, o le podíamos advertir sobre lo que considerábamos “malas compañías” (por ejemplo, pero no sólo, en algún consejo asesor de programas históricos de TVE). Era una familiaridad que cuando mejor se percibía era cuando nos transmitía, primero por teléfono y también a gritos, su alegría al conocer que los jóvenes becarios, parados, penenes que acudían por Pau en los setenta, iban estabilizándose en una Universidad en expansión durante los años ochenta. Una alegría de ida y vuelta, pues era la misma con que vivimos su reinserción en la universidad española, pues, curiosamente, y a pesar de la diferencia de edad, eso nos solía suceder, tanto a él, desde el exilio, como a muchos de nosotros, frente a las dificultades heredadas en el interior, hacia los primeros ochenta.

La persona y la obra de Tuñón van asociadas habitualmente a la “necesaria interdisciplinaria” del conocimiento y del método históricos, en la que tanto insistía, y que tanto practicaba si se analizan las “redes” personales y temáticas en las que se movía. Todo el mundo predica las virtudes de los contactos interdisciplinares, pero en el caso de Tuñón y de su época, también sucedía que había que hacer de la necesidad virtud. En primer lugar porque su inicial encaje docente e investigador en el hispanismo francés favorecía esta práctica, pues los “hispanismos”, como los “eslavismos”, son necesariamente interdisciplinares. Pero hay otra razón sociológica de mayor envergadura que tiene que ver con la situación de la Universidad española en el tardofranquismo y en los primeros tramos de la transición, pues los temas y los métodos del análisis histórico de la sociedad española no podían renovarse desde el interior de las disciplinas específicas de historia ni desde los tradicionales Departamentos de las Facultades de Letras, que llevaban mucho tiempo muy atados, por lo que hubieron de ser impulsados y practicados desde otras Facultades y Departamentos, más jóvenes y recientes por lo general, de Historia Económica, de Derecho Político, de Historia de las Ideas Políticas, de Sociología...etc. Y eran, desde los primeros setenta, jóvenes investigadores o profesores de Facultades de Económicas, Derecho, Políticas y Sociología, Ciencias de la Información..., los que formaban mayoritariamente la clientela de los primeros coloquios de Pau.

En los primeros coloquios la presencia de “contemporaneístas”, en su estricta concepción, era casi testimonial, rodeados de hispanistas franceses (Malherbe, Desvois, Aubert, Maurice...), y de una nutrida representación de politólogos, economistas, sociólogos, historiadores de la literatura...que llegaban del otro lado del Pirineo. De hecho, parece razonable pensar que muchos de ellos, y estamos pensando en historiadores económicos, profesionales de Derecho Constitucional, destacados miembros de Departamentos de Ciencias de la Información, Ciencias Políticas,

etc., iniciaron obligadamente su carrera profesional por estos caminos ante la consideración estratégica, bien fundada, de que el gremio de los contemporaneístas, en los años setenta y más allá de ellos, además de anticuado metodológica y teóricamente por lo general, utilizaba su poder académico, que no era poco, para resistir políticamente a la democratización organizativa e intelectual de la universidad española. La transición y los cambios en la universidad española han reequilibrado notablemente esta situación, de modo que hoy, la “interdisciplinariedad” puede ser un requisito metodológico, pero no tanto una obligación forzada por las circunstancias.

No es pertinente ahora proponer un reposado análisis historiográfico de su obra, que ya viene siendo efectuado. Tuñón se benefició de su vinculación inicial al hispanismo francés, muy conectado tradicionalmente a los lugares centrales de la historiografía francesa, de Laborusse a Pierre Vilar pasando por los annalistas, a diferencia del hispanismo británico, asociado a líneas más secundarias de la historiografía anglosajona. El método y la práctica de Tuñón evolucionaron, instalados en los paradigmas propios de su tiempo que pasaban por Annales y el marxismo. También es Tuñón el único historiador cuya obra y cuya biografía, aun en vida, han merecido análisis valorativos y críticos¹⁹.

Tuñón de Lara ha sido el único historiador regresado del exilio político e intelectual, con una obra ya madura, pero que supo además desarrollar a partir de su retorno en 1981 y con un impacto e influencia crecientes. Se ha establecido un paralelo (Jose Luis de la Granja) entre Tuñón y Max Aub, quienes tantas cosas compartieron en vida, desde amistad y abultada correspondencia hasta la desesperanzada y dramática trampa del puerto de Alicante en la primavera de 1939, los campos y prisiones, y el exilio. Cuando Max Aub vuelve a España se encuentra con un país desconocido con el que le es imposible identificarse y deja testimonio de este extrañamiento en “La gallina ciega” (1971): “he venido, pero no he vuelto”. En cambio Manuel Tuñón quiso, pudo y supo venir y volver, pues, aunque más tarde y en una sociedad española ya con más ánimos y esperanzas, conectó con las jóvenes generaciones, con las preocupaciones políticas, con el desarrollo y la situación de la historia y de las ciencias sociales en la España de fines de los setenta y principios de los ochenta.

Y es razonable pensar que esta facilidad de integración y acomodo a una nueva sociedad y cultura española le venía, además de por razones de carácter, por las experiencias y contactos que desde los primeros setenta mantuvo desde el mirador de Pau, organizando unos primeros y modestos encuentros o seminarios, sobre los que nadie, ni siquiera él mismo, pudo calcular en su momento la dimensión que con el tiempo iban a cobrar. El éxito de los Coloquios de Pau viene explicado por una ausencia o una carencia, como era la imposibilidad de relacionarse profesional o intelectualmente con libertad en la universidad española de los años del tardofranquismo, hegemonizada por las camisas más azules, más desteñidas o más blancas,

¹⁹ GRANJA, José Luis de la (coord.): *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores: catálogo de la exposición biográfica y bibliográfica*, Madrid-Bilbao, Universidad del País Vasco / Casa de Velázquez, 1994; GRANJA José Luis de la & Alberto REIG TAPIA (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993; CNRS-Université de Provence: *Dedicado a Manuel Tuñón de Lara*. Número monográfico *Bulletin d'histoire Contemporaine de l'Espagne*, 26 (1997); GRANJA José Luis de la, REIG TAPIA, Alberto & MIRALLES, Ricardo (eds.): *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999.

que vestían buena parte de quienes controlaban el poder académico en la historia contemporánea.

Creo que acudí a Pau por primera vez en 1972, advertido por el único procedimiento posible, que era el boca a boca, por Antonio Elorza, que había pasado por Zaragoza para consultar una prensa socialista y anarquista aragonesa custodiada por manos privadas. En todo caso la primera carta que conservo de Manuel Tuñón es de 7 de febrero de 1973; como tantas otras, y a tantos otros, es buen testimonio de la actitud personal de Manolo que le permitía tener esperanzas cíclicas, alternadas con desánimos, en volver a España a seguir haciendo más y mejor lo que venía haciendo desde una pequeña universidad del sur de Francia: “he tenido una gran alegría con su carta, esa alegría que da el ir tejiendo lazos con el trabajo que nos es común, que arraigan con ellos no sólo la ciencia, sino otros muchos sentimientos y emociones”; luego me invitaba al tercer coloquio (primavera de 1973) al que acudí desde Heidelberg, explayándose en consideraciones sobre el tema de la tesis doctoral que estaba trabajando (“está usted embarcado en lo que hay de más interesante y tal vez peor estudiado de nuestra historia del movimiento obrero. Claro que, como con muy buen juicio dice, yendo al movimiento real y no flotando en las nubes de lo ideológico...”). Pero el interés y la disposición de Tuñón mostraban más amplitud: “...han venido por aquí Labordeta y Gari, he entablado correspondencia con Eloy, que se une a la de Mainer. Y me parecen todos unos tíos estupendos. Y Andalán una empresa quijotesca (veremos lo que dura)...”. Otro párrafo reactiva el recuerdo de las limitaciones y del ambiente de la Universidad de Zaragoza en aquellos años: “Tengo un gran interés en hacer venir a Carreras en el mes de abril, en sacarlo de aquel ambiente y que se tonifique aquí, rodeado de amigos...”.

Y yo no era un caso de orfandad intelectual, pues me había comenzado a dirigir la tesis doctoral Juan José Carreras, a quien las causalidades de la vida académica habían hecho recalcar en Zaragoza, como lo podían haber colocado en cualquier otra parte. Uno siempre recuerda aquellas palabras de Max Weber sobre la carrera universitaria: “apenas conozco otra carrera en el mundo en la que el azar juegue un papel semejante” —*El político y el científico*—, pues si valen para Max Weber valen para todos los demás. Por las mismas fechas (diciembre de 1972), lejanas épocas en que se mantenía el tradicional tratamiento del usted, me escribía Carreras a Heidelberg: “me alegra mucho verle totalmente integrado en la feria universitaria alemana, con todas sus confusiones. Desde esas latitudes le resultará muy extraño todo lo que pasa por aquí...”, a la vez que me pedía libros, la “Geschichte des Marxismus” de Vranicki, el “Sachwörterbuch der deutsche Geschichte” de Dietz, me comentaba que habían traducido a Poulantzas “con toda su pedantería estructuralista” o que había encargado el “Miliband” “para oxigenarme un poco con el empirismo anglosajón”.

La sociedad, la política y la universidad española cambiaron, aunque entonces ni lo sabíamos ni estábamos muy seguros, y menos los historiadores, especialistas en las catástrofes colectivas hispánicas acaecidas durante los dos últimos siglos. También fue colectivo el proceso de transición política y cultural. La persona y la obra de Manuel Tuñón de Lara son un buen símbolo de las contribuciones que soldaron las tradiciones historiográficas contemporaneístas, la de la España derrotada del exilio y la que iban construyendo y defendiendo, desde dentro, los hijos de ven-

cedores y vencidos, y a todos, Manolo, con más entusiasmo que cálculos, acertó a atender y a tutelar cuando fue necesario.

Manuel Pérez Ledesma observó con acierto que el principal mérito de Tuñón, además del impulso a investigaciones y relaciones entre investigadores, fue su esfuerzo en la reconstrucción del pasado y de mundos perdidos y olvidados, siendo fiel a su biografía y a su tiempo, para lo cual tenía que traicionar, u obviar, necesariamente, los principios teóricos y herramientas metodológicas que enarbolaba en su época²⁰.

Pues como nos enseñan los historiadores de la ciencia, el conocimiento se va acumulando sobre los temas y objetos de estudio pasando por encima de las mayores, aparentemente irreconciliables en ocasiones, diferencias teóricas, distintos y sucesivos paradigmas o estrategias de investigación, antiguas y nuevas herramientas y novedades temáticas y metodológicas, que el paso del tiempo va estableciendo.

²⁰ PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española”, en GRANJA José Luis de la, REIG TAPIA, Alberto & MIRALLES, Ricardo (eds.): 34-35.